

PARTE III

LAS PLATAFORMAS ELECTORALES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y SUS CANDIDATOS

I. INTRODUCCIÓN

La elaboración de las políticas, programas o plataformas electorales de los partidos y los candidatos políticos constituye un tema académica y teóricamente complejo que puede ser abordado a través de una gran variedad de enfoques, y que, además, ha tenido en la actual coyuntura política mexicana de la transición “inacabada”, una gran importancia para la credibilidad de los partidos políticos con respecto al electorado. Tan es así que, remontándonos a las elecciones del 6 de julio de 1997 y del 2 de julio del 2000, por ejemplo —e independientemente del llamado “voto de castigo” y de los deseos de alternancia y cambio que se dieron en esas elecciones—, uno de los factores que alejaron a un segmento del electorado tradicionalmente “duro” del PRI en esos dos hitos comiciales, fueron precisamente las plataformas y los programas políticos desfasados y, sobre todo, la casi inexistente coincidencia entre la práctica de los gobiernos recientes emanados del PRI y el contenido de sus documentos programáticos.

En otras palabras, el grado de cumplimiento real de sus promesas y de sus líneas de campaña, que, por otro lado, es un factor con el que tendría que haber tenido mayor cuidado el gobierno de Enrique Peña Nieto (de 2012 a 2016), en que el PRI trabajó por —y obtuvo— una victoria electoral que le dio el regreso al poder presidencial después de dos ciclos sexenales de haber fungido como oposición, y durante los cuales parece no haber digerido las lecciones del pasado en tanto que las

expectativas nacionales e internacionales respecto al gobierno de restauración del poder del PRI fueron demasiado altas y se basaron, en gran parte, en las promesas de campaña contenidas en la plataforma electoral vendida por Peña Nieto al electorado durante su campaña política con vistas a la elección presidencial del 2012.

1. *La plataforma electoral de Donald Trump en 2016*

Refiriéndonos a la elección del 2016 que llevó a Donald Trump a la Presidencia de los Estados Unidos de América, cabe señalar que una parte importante de su sorprendente triunfo se basó en la presentación de una plataforma política *sui generis* y atípica que contenía un menú de propuestas, políticas y objetivos, la mayoría incendiarios, entre los que destacan la renegociación o terminación unilateral del Tratado de Libre Comercio con México y Canadá, la deportación masiva de trabajadores indocumentados, la construcción de un muro divisorio en la frontera entre México y Estados Unidos con cargo al gobierno mexicano, el escalamiento de una política militar hegemónica agresiva a nivel mundial, la reconfiguración de la integración de la Suprema Corte de los Estados Unidos para reflejar una orientación netamente conservadora, la transformación del sistema de salud creado por el presidente Obama, los pactos con empresas e industrias norteamericanas para la repatriación de fuentes de trabajo y una regresión generalizada en materia de derechos humanos para las minorías raciales, las de preferencia sexual no heterosexual y los grupos vulnerables, entre otras temáticas.

Presentamos la anterior lista, no exhaustiva, para arrojar luz sobre la importancia estratégica determinante que tuvo la presentación de una plataforma electoral incendiaria y heterodoxa para dar un golpe de timón a la dinámica de las preferencias electorales en los Estados Unidos, al grado de que de haber presentado Trump una plataforma de propuestas y políticas tradicional, no

habría podido generar el interés y la polémica necesarios para activar los “resortes emocionales” de amplios sectores de la población blanca —tanto de clase trabajadora como de la educada— que reaccionaron a la canasta de propuestas contenidas en la “plataforma Trump”, que deliberadamente manipuló los resentimientos y agravios reales percibidos de dichos segmentos, y, a contrapelo de la historia derrotó no sólo a Hillary Clinton, sino al *establishment* del Partido Republicano y a las elites políticas y legislativas que por décadas han controlado la dinámica del gobierno del país más poderoso del mundo.

Sin embargo, también cabe resaltar que la contracara del éxito de la estrategia de Trump al presentar una plataforma inéditamente violenta radical —como veremos a lo largo de este trabajo— en la necesidad de que los partidos y los candidatos den cumplimiento razonable a la mayoría de sus propuestas de plataforma electoral, so pena de sufrir el repudio y rechazo no sólo de sus simpatizantes y electores, sino de sus enemigos políticos, que desde ya están maquinando planes de enjuiciamiento político incluso para remover a Trump de la presidencia. El principal académico que predice este acontecimiento es el profesor Allan Lichtman⁵⁶ —el mismo que en septiembre del 2016 predijo la victoria de Trump y que ha acertado en todas sus predicciones sobre candidatos a la presidencia; sin equivocarse desde la elección de 1984—, y establece que debido a los manejos de Trump, de sociedades de beneficencia y donaciones claramente ilegales en el estado de Nueva York, así como del rompimiento del embargo comercial a Cuba existente durante varias décadas, independientemente de otras posibles violaciones de distinto tipo a normativas en los Estados Unidos de América, es factible el *impeachment* de Trump, pues se ha colocado a sí mismo en una posición vulnerable, en especial si deja de cumplir sus propuestas de plataforma, muchas de las cuales son logística, administrativa y legalmente imposibles de implementar.

⁵⁶ “Professor Predicts Trump Impeachment”, disponible en: <http://edition.cnn.com/videos/tv/2016/11/16/trump-impeachment-prediction-allan-lichtman-into-erin.cnn>.

2. *Las plataformas electorales rumbo a la elección presidencial mexicana del 2018*

En el caso de Andrés Manuel López Obrador, éste presentó los puntos esenciales de su plataforma electoral en una síntesis apretada el 12 de diciembre del 2017,⁵⁷ e inicia estableciendo su visión de que de ganar la Presidencia de la República, su gobierno dejará de ser un “comité al servicio de un grupo o facción” para representar a todos y cada uno de los mexicanos. En su plataforma sobresalen las propuestas para eliminar la corrupción endémica existente en el país, incrementar los salarios y llevar a cabo un inédito esfuerzo de descentralización geográfica de las secretarías de Estado, en respuesta a la vulnerabilidad del gobierno ante sismos y desastres naturales cíclicos, así como para detonar el crecimiento e importancia de otras zonas y ciudades del país, en vista de la concentración política, económica y poblacional que se observa en la Ciudad de México.

AMLO enfatiza la gravedad de la pobreza extrema que se vive en México y la necesidad de rescatar al campo y la producción nacional agrícola, que —cabe destacar— es un tema que a partir de la integración comercial con los Estados Unidos ha llevado a un deterioro de la dieta tradicional mexicana basada en productos naturales no transgénicos, para llegar en la actualidad a un índice de obesidad inexistente en 1980, y que además ha incrementado la carga sobre el sistema de salud y la explosión del índice de mortalidad debido a enfermedades como la diabetes.⁵⁸

Propone también la rehabilitación de plantas hidroeléctricas y una llamada transición hacia el uso de energías renovables. Además, plantea el acceso gratuito masivo a nivel nacional a la

⁵⁷ <http://morena.si/archivos/16851>.

⁵⁸ Jacobs, Andrew y Richtel, Matt, “El TLCAN y su papel en la obesidad en México”, *The New York Times (Edición Español)*, Nueva York, diciembre de 2017, disponible en: <https://www.nytimes.com/es/2017/12/11/tlcan-obesidad-mexico-estados-unidos-oxo-sams-femsa/?ref=en-US>.

plataforma de Internet y una reversión de la reforma educativa de Enrique Peña Nieto, que garantice el derecho al estudio y al trabajo y ataque el problema de los llamados *minis* (segmento de la población juvenil popularmente definida así porque “ni estudia ni trabaja”) a través de becas y acceso a estudios superiores.

Asimismo, plantea duplicar la pensión para adultos mayores, una de las medidas más populares del gobierno de López Obrador en el Distrito Federal a partir del año 2000 durante su jefatura de gobierno, y propone, como solución más eficaz para resolver el gran problema nacional de la violencia, un enfoque que mediante reformas económicas y sociales provoque efectos benignos en la sociedad que reduzcan de manera natural los índices de violencia actualmente fuera de control por parte del Estado mexicano.

Por su parte, Ricardo Anaya anunció el viernes 8 de diciembre el registro de la coalición Por México al Frente, y en su mensaje —pronunciado en la sede del INE— bosquejó de manera dramática, en seis puntos esenciales, su diagnóstico de los grandes problemas nacionales, que identificó como corrupción, pobreza, desigualdad, fracaso en el diseño y manejo de la macroeconomía por parte de los tecnócratas, lo que llamó la precarización del salario y la violencia rampante, que acumula ya más de 300,000 muertos desde el año 2000, asumiendo la parte de culpabilidad en este desastre que le corresponde también a las dos administraciones emanadas de su partido de origen y planteando, en una dicotomía quizá demasiado simplista, que el electorado mexicano se encuentra ante dos opciones; que serían la de la continuidad del manejo económico financiero y de políticas públicas actualmente existente, y en pie prácticamente desde 1982, o un cambio diametral de rumbo, con la renovación de la elite política que gobierna y conduce al país.

El espíritu de las medidas propuestas de manera general por José Antonio Meade parece dibujar en sus líneas generales una propuesta de seguir edificando un proyecto de nación basado en lo ya construido y logrado durante las últimas cuatro administra-

ciones federales, sin sugerir ni plantear un cambio de orientación económica o distribución de la riqueza bajo un modelo económico del cual él ha sido uno de los principales arquitectos. Si bien reconoce la existencia de los grandes problemas nacionales que los demás candidatos identifican, el éxito de su plataforma y el apoyo popular que recibirá en la elección dependerán, en gran medida, de una estrategia inteligente y eficaz de rompimiento inevitable con aquellos factores y personajes del pasado que ayudaron a encumbrarlo.

Así pues, la temática que nos interesa analizar en el presente rubro es la referida a:

- a) *Cómo los partidos políticos actúan en la palestra pública* con respecto a los grandes asuntos, cuestiones o problemas de actualidad en una determinada sociedad.
- b) *Qué toma de posiciones adoptan* respecto a ciertos asuntos de interés general.
- c) *Por qué ignoran algunos tópicos* y en ocasiones crean nuevos temas y puntos de la agenda nacional que no eran considerados ni debatidos anteriormente en una determinada sociedad, y que llevan a pensar, a veces, en maniobras de distracción o “cortinas de humo” manufacturadas para ocultar los verdaderos problemas nacionales.

De esta forma, el marco conceptual que utilizaremos en el presente apartado será uno dinámico. Una parte importante de los trabajos monográficos sobre las plataformas de los partidos políticos y los candidatos considera al partido político más bien como un *factor dependiente*, y analiza qué condiciones particulares de un contexto social ocasionan que los partidos políticos surjan a la vida política o tengan ciertos tipos de organizaciones, miembros o líderes, dirigentes o candidatos. Bajo esta óptica, los partidos políticos son objetos de estudio y análisis que responden, fundamentalmente, a estímulos provenientes del cuerpo social al que pertenecen, adaptándose y modificándose según la dinámica cambiante. Resulta interesante que, incluso considerado un

elemento fundamentalmente “dependiente”, un partido político debe desplegar un mínimo de energía organizacional al observar, analizar y adecuar sus plataformas, sus actividades y sus propuestas; de lo contrario —si un partido se rehúsa a adaptarse a la dinámica social, o de hecho carece de los cuadros y mandos para hacerlo— se condena a sí mismo al inevitable fracaso electoral.

Sin embargo, en este apartado las plataformas de los partidos políticos y los candidatos serán analizadas primordialmente como un *factor independiente*. En este sentido, un partido es una entidad compleja y organizada que influye y determina el mundo exterior que le rodea a través de las propuestas y políticas contenidas en sus plataformas electorales. Como resulta obvio, este enfoque de los partidos y sus plataformas supone una mucho mayor energía y dinamismo institucionales, organizativos y humanos que los requeridos y desplegados bajo la óptica que considera al partido político como un elemento fundamentalmente dependiente.

Por todo lo expuesto, nuestro enfoque destacará cómo es que los partidos políticos participan en la estructuración de la opinión pública de una determinada sociedad a través del proceso de formulación de políticas, programas y plataformas electorales de los propios partidos políticos, lo cual implica la existencia indispensable de talento político, analítico y creativo entre sus miembros, líderes, dirigentes y candidatos.

Por otro lado, debemos resaltar que el uso de los términos *políticas*, *programas* y *plataformas* de los partidos políticos no implica que los consideremos sinónimos; más bien, nuestra inclusión de los tres conceptos citados obedece a su uso indiferenciado en textos electorales legislativos, académicos y partidistas para referirse a *aquel conjunto o bagaje de ideas medulares, paradigmas, principios y líneas de pensamiento y acción que todo partido político o candidato moderno “propone” para su consideración ante la sociedad.*

Ahora bien, no obstante la citada vigencia de la naturaleza vaga de los multicitados términos, no podemos dejar de señalar que en rigor semántico, para nosotros, en definitiva, es innegable

que sí existen diferencias —así sean relativamente tenues— de significado entre una política, un programa y la plataforma electoral de un partido político o candidato.

Las *políticas* de los partidos políticos son líneas generales de acción que estos entes adoptan ante los grandes temas y problemas sociales que diferencian a un partido político de los restantes partidos que componen un determinado sistema político. Los *programas* son documentos partidarios “de trabajo” elaborados en detalle y con la estructura propia de un plan de gobierno. Y por último, las *plataformas* tienen una connotación eminentemente electoral, en tanto que constituyen —desde nuestra óptica— una suerte de híbrido entre la política general y un programa de acción. La plataforma de un partido o candidato expone de manera sucinta, clara y elocuente la propuesta de acción que un partido político le presenta al electorado (su clientela) para buscar obtener su voto en un proceso electoral y poder así —de obtener la victoria— aplicar en la sociedad las grandes líneas de acción propuestas en la plataforma de dicho partido.

Así, para organizar y estructurar mejor el contenido del material sobre la elaboración de políticas, programas o plataformas electorales que vamos a analizar, lo dividiremos en varios apartados temáticos fundamentales, que son:

- a) El grado de articulación en la formulación de políticas, programas o plataformas de los partidos.
- b) La dirección o ubicación que en el espectro político tradicional tienen las posiciones de los partidos políticos sobre los temas de actualidad en una determinada sociedad.
- c) La unidad o cohesión interna de los partidos políticos respecto a las políticas, programas o plataformas oficiales.
- d) Los recursos —financieros o de otra índole— disponibles para la efectiva comunicación de sus políticas, programas o plataformas.
- e) El grado de efectividad en la comunicación de las políticas, programas o plataformas de los partidos.

- f) La aplicación o ejecución real de las políticas, compromisos y promesas contenidas en los programas o plataformas electorales.
- g) La consideración de las políticas, los programas o plataformas electorales como un verdadero proyecto de sociedad, o bien, como un “espejo” de la propia sociedad.

II. EL GRADO DE ARTICULACIÓN EN LA ELABORACIÓN DE PLATAFORMAS ELECTORALES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y SUS CANDIDATOS

Para reflexionar seriamente sobre la elaboración de las políticas, los programas o las plataformas electorales de los partidos y los candidatos políticos, lo primero que hay que establecer es qué tan comprometido está un determinado partido político o un candidato con su formulación. Y para responder a esta interrogante nos es útil clasificar a los partidos políticos en *neutrales*, sin posición y sin plataforma específica que los distinga de los restantes partidos de un sistema; *pragmáticos*, muy flexibles ante las exigencias del momento, y *programáticos* o *ideológicos*, apegados a una línea filosófica política sin concesiones significativas, incluso bajo el riesgo de sacrificar clientela electoral.

1. *Partidos políticos neutrales, pragmáticos y programáticos o ideológicos*

Un partido político *neutral* evita escrupulosamente realizar pronunciamientos específicos por completo, puesto que la neutralidad permite —bajo ciertas circunstancias contextuales de una determinada sociedad— impactar en un número mayor de ciudadanos, y por otro lado, hace menos vulnerable al partido político frente a la sociedad ante el incumplimiento de puntos demasiado específicos cuando un programa o una plataforma son demasiado detallados.

Por otra parte, un partido político *pragmático* se enfrenta únicamente a los problemas prácticos inmediatos, mientras que uno *programático* establece un plan de acción de largo plazo integrado, contemplando tanto las necesidades presentes como las metas futuras.

Mientras que uno *ideológico* formula su plataforma en forma abstracta y orientada hacia el futuro, y en estricta concordancia con una doctrina de pensamiento conocida, que es el caso prototípico, por ejemplo, del PRI en su primera etapa posrevolucionaria, y que trataremos en detalle en el último apartado de este capítulo, titulado “La consideración de las plataformas electorales como un proyecto de sociedad o como un espejo de la propia sociedad”.

La antineutralidad de Trump

Resulta interesante destacar que en el caso de la elección presidencial del 2016 en Estados Unidos, la neutralidad no era una característica deseable ante un electorado “activado” que exigía un posicionamiento claro, e incluso agresivo, de cara a la plataforma extrema e incendiaria de Trump, quien, deliberadamente y de forma efectiva, dividió al electorado, polarizándolo emocionalmente para entonces poder implementar una estrategia que fuera percibida como de contracorriente y que, esencialmente, proponía desalojar del poder político al sistema de castas y familias enquistadas en el gobierno federal norteamericano durante décadas, lo que a la postre le funcionó, en contraste con una plataforma tradicional o blanda que no habría provocado la citada polarización en beneficio de Trump.

Asimismo, también resulta atípico en la citada elección que durante la mayor parte de la campaña el Partido Republicano transitó de una posición de pasmo y sorpresa a la neutralidad, y casi al final del proceso, a una franca oposición a las ideas contenidas en la plataforma de su candidato presidencial,⁵⁹ al que

⁵⁹ Schreckinger, Ben, “RNC Lawyers Look at Options for Replacing Trump”, *Político*, Estados Unidos, agosto de 2016, disponible en: <http://www.politico.com/story/2016/10/republicans-replace-trump-229352>.

incluso consideraron remover en varias etapas de dicho proceso, ya avanzado el mes de octubre.

2. *Los factores que inclinan a los partidos políticos hacia la ideología*

¿Qué es lo que determina qué tan orientado hacia la formulación de plataformas y programas será un partido político? Según Richard Rose, “entre mayor sea la cohesión social de los miembros de un partido político, mayor será la preocupación del partido político respecto a la ideología”.⁶⁰ Como es lógico, los partidos políticos socialmente más homogéneos están más predispuestos a adoptar una ideología aceptable para todos. En este sentido, Joseph Schlessinger establece que cuando los gobiernos están formados por coaliciones, los partidos políticos tienen más libertad para ser marcadamente ideológicos, porque cuando la responsabilidad de gobierno es compartida, difusa o poco identificable, los partidos políticos pueden participar en el gobierno y aun así retener u ondear como bandera irrenunciable una doctrina que tiene poca relevancia con la experiencia de gobierno.⁶¹

Por otra parte, Harrold Hotelling y Anthony Downs sugieren que los partidos políticos son menos ideológicos cuando, por esta razón precisamente, pueden atraer a votantes o electores de “centro”.⁶² Tal fue el caso del PRD, por citar un ejemplo histórico, en el Distrito Federal en la elección del 7 de julio de 1997, en que algunas posiciones antaño inconvencionales respecto al Tratado de Libre Comercio (TLC), al ambulante y al programa de restricción del tránsito vehicular para la reducción de contaminantes

⁶⁰ Rose, Richard y Urwin, Derek, “Social Cohesion, Political Parties and Strains in Regimes”, *Comparative Political Studies*, California, abril de 1969, p. 27.

⁶¹ Schlessinger, Joseph, “Party Units”, *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Nueva York, Macmillan, 1968, p. 434.

⁶² Downs, Anthony, *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper and Row, 1957.

Hoy no Circula, fueron flexibilizadas hacia posturas centristas menos agresivas, con el fin de ampliar la clientela electoral del PRD. Resulta interesante que la instauración de un programa más estricto, Doble Hoy No Circula, en 2016, probablemente afectará no sólo el apoyo al PRD en la elección del 2018; pues de una posición de flexibilización inicial, la política anticontaminación se movió hacia un extremo inaceptable para amplios sectores de la población, a pesar de los fundamentos de salud pública esgrimidos.

La anterior teoría aparentemente se encuentra sustentada en la práctica de la ciencia política comparada por casos como el del alejamiento del Partido Socialdemócrata Alemán del marxismo dogmático a finales de los cincuenta, con una dramática mejora en sus fortunas electorales,⁶³ así como por la tendencia de los dos principales partidos británicos que progresivamente se han parecido más y más entre sí en cuanto a su grado de compromiso en la formulación de programas y plataformas y una menor carga ideológica.⁶⁴

Más recientemente, la inclinación de los partidos políticos hacia la formulación de plataformas ha dependido de cuáles son los temas de actualidad en la política nacional de determinado país. Así, cuando los temas de actualidad se caracterizan por ser importantes, dramáticos y fácilmente politizados, los partidos políticos se verán más orientados hacia la formulación de plataformas o programas, como ha sucedido en México, en el caso del PRD y del PAN, ante sucesivas propuestas de “reforma del Estado”: 1995-1996, 1997-1998, 2000-2002 y 2012-2014, en que los problemas de la contaminación, la inseguridad y el ambulante en el Distrito Federal, por ejemplo, constituyeron asuntos propicios para presentar ante el electorado mexicano programas y plataformas espectaculares y urgentes que ofrecían soluciones

⁶³ Allemann, F. R., “Farewell to Marx”, en Milnor, A. J. (ed.), *Comparative Political Parties. Selected Readings*, Nueva York, Thomas Crowell, 1969, pp. 129-148.

⁶⁴ Beer, Samuel H., “Democratic One-Party Government for Britain?”, *The Political Quarterly*, Londres, vol. 32, núm. 2, abril-junio de 1961, pp. 114-123.

viables a dichas problemáticas, aunque su eficacia no estuviera asegurada. En parte, el éxito relativo del PVEM en las elecciones desde 1997 hasta 2012 se basó en la agobiante y obvia necesidad de resolver la catástrofe ecológica que se cierne ya sobre las zonas urbanas de México, y que constituyó su plataforma ideal a mediano y largo plazo. Sin embargo, el sostenido crecimiento de apoyo electoral a partidos verdes en México dependerá del éxito que éstos tengan al enfrentar y resolver realmente los problemas ecológicos y ambientales; pero como hemos visto desde 2012, los escándalos financieros y personales del liderazgo del PVEM han levantado el velo con el que durante muchos ciclos electorales se engañó al electorado mexicano con la bandera de plataformas ecológicamente responsables.

En contraste con la situación arriba descrita, cuando los partidos políticos —como sucedió en alguna época con los partidos políticos suecos— han continuado su lucha en torno a viejas contiendas *ya resueltas desde hace muchos años*, lo único que logran es debilitar seriamente el interés del público elector en la política partidaria.⁶⁵

3. *Las ventajas de la formulación de programas y plataformas políticas*

Para nosotros, la tendencia general hacia la formulación sofisticada de programas y plataformas de los partidos —independientemente de las consideraciones arriba expuestas— es una característica que debe ser vista positivamente, puesto que dicha práctica tiene efectos didácticos que promueven:

- a) La educación política.
- b) La identificación social de la posición de los diversos partidos en el espectro ideológico.

⁶⁵ Tingsten, Herbert Lars Gustaf, *Stability and Vitality in Swedish Democracy*, Suecia, 1975, pp. 88-100.

- c) La identificación de partidos políticos de “utilería” que, al carecer de un conocimiento serio de sus respectivas sociedades, se “delatan” a sí mismos al presentar plataformas y programas altamente deficientes en su estructuración, y a veces francamente aberrantes.

En este sentido, una de las mejores defensas que tiene la articulación clara de la formulación de plataformas o programas políticos es —todavía— un trabajo de 1950, realizado por el Comité sobre Partidos Políticos, de la American Political Science Association. Dicho comité sostuvo que “cuando no existe una base clara para calificar el desempeño de un partido político, cuando las políticas partidarias no pueden ser definidas en términos de un programa concreto, el debate partidario se desvincula de los hechos reales”.⁶⁶ Esta desvinculación acaba por perjudicar a los partidos —en tanto instituciones— y al sistema político en su totalidad, puesto que se promueve la incertidumbre y el caos que surgen cuando el elector no puede diferenciar con razonable claridad entre las opciones que representan los diversos partidos políticos que integran un sistema nacional de partidos. Éste también podría ser el caso, a partir del 2016 en los Estados Unidos de América, en que la victoria de Trump sacudió los posicionamientos ideológicos tradicionales del Partido Republicano y del Partido Demócrata, generando incluso espacios de crecimiento para las opciones de un tercer partido, independiente del *establishment* tradicional.⁶⁷

Ahora bien, respecto a la anterior corriente de pensamiento, debemos señalar que muchos están en desacuerdo con ella, entre ellos el politólogo Leon Epstein, quien sostiene que cuando la

⁶⁶ Committee on Political Parties of the American Political Science Association, “Toward a More Responsible Two-Party System”, *American Political Science Review*, septiembre de 1950.

⁶⁷ Barnett, Randy E., “As Trump Rises, Consider a 3rd Party: Column”, *USA Today*, Estados Unidos, febrero de 2016, disponible en: <http://www.usatoday.com/story/opinion/2016/02/29/donald-trump-republican-party-elections-2016-third-party-column/81102918/>.

formulación de políticas es una actividad requerida o exigida a los partidos políticos “en realidad se les está obligando a subordinar la obtención de votos a las consideraciones programáticas”.⁶⁸ En este sentido, después de una elección —y en esto le asiste parcialmente la razón a Epstein—, en realidad no existe forma alguna de saber con precisión científica si el electorado ha o no apoyado, o endosado, un programa amplio cuando vota por los candidatos de un partido político determinado, así como normalmente tampoco es posible saber con claridad si el electorado ha apoyado una política en particular. Esta imposibilidad es particularmente cierta cuando en un país una elección se da bajo un contexto en el que el electorado emite su sufragio buscando “castigar” a un partido debido a una situación de crisis social, política o económica, más que por fundamentos y motivaciones netamente programáticos o de contenido de plataformas, como podría ser el caso de un voto masivo de castigo del electorado mexicano en la elección presidencial del 2018.

Sin embargo, hemos calificado la postura de Epstein como parcialmente correcta, puesto que en elecciones históricamente anómalas o atípicas —como fue el caso de la elección de Donald Trump— *sí es factible* saber con diáfana precisión qué segmentos fundamentales del electorado norteamericano endosaron claramente un programa y plataforma incendiarios en un momento de agotamiento y crisis del sistema político electoral norteamericano.

Por otro lado, los avances recientes en materia de encuestas de opinión —en el campo electoral— parecen descalificar las objeciones de Epstein, aunque la observación siguiente de Anthony King continúa estando vigente: los partidos programáticos, nos recuerda, no siempre pueden serlo en una forma que sea relevante para la opinión de las masas.⁶⁹

⁶⁸ Epstein, Leon, *Political Parties in Western Democracies*, Nueva York, Praeger, 1967, pp. 267-270.

⁶⁹ King, Anthony, “Political Parties in Western Democracies: Some Sceptical Reflections”, *Polity*, Chicago, vol. 2, núm. 2, invierno de 1969, p. 122.

Respecto a las anteriores objeciones y escepticismo sobre la conveniencia o inconveniencia de que los partidos políticos estén obligados —*de iure* o *de facto*— a formular plataformas o programas políticos, cabe hacer algunas consideraciones generales. En primer término, en algunos contextos político-sociales, como los de países en vías de desarrollo y en culturas políticas incipientes, la *obligación* jurídica de formular una plataforma es la única forma en que se puede contar con un documento oficial “público” del partido, en el que, de hecho, se está pactando formalmente con el pueblo elector que el respaldo de éste para con un partido resultará en la aplicación del contenido de las políticas y las medidas enlistadas en una plataforma o programa, so pena de ser llamado a cuentas por la ciudadanía. Usando una analogía, si a un estudiante o candidato a un grado académico se le requiere un protocolo de investigación cuando se inscribe en un programa de maestría o de doctorado —con el fin de responsabilizarlo mínimamente a futuro—, con mucha mayor razón se justifica la exigencia a un partido, que puede llegar a gobernar un país, estado o ciudad, de que presente su “protocolo”, en este caso, una plataforma o programa electoral que la sociedad pueda usar para apoyarlo y para “responsabilizarlo” en el futuro por incumplimiento en una etapa de rendición de cuentas.

En el anterior sentido, cabe resaltar un ejemplo rescatado de la historia electoral norteamericana en el que se observa que la anterior práctica tiene vigencia también en países desarrollados como los Estados Unidos de América. El Partido Republicano, en 1995 y liderado por Newt Gingrich, ideó el llamado Contract with America, bajo el cual los representantes políticos de dicho partido se comprometían formalmente con sus electores —con el país, de hecho— a aprobar un listado de nuevas leyes que buscaban cambiar el modelo de país que durante décadas han construido los norteamericanos. Así pues, de no contarse con la obligación de los partidos políticos —en países tanto subdesarrollados como altamente desarrollados— de presentar una plataforma o un programa político, los partidos políticos quedan

en libertad excesiva de no comprometerse a la realización de políticas o medidas concretas, lo que siempre termina por ser perjudicial para cualquier sociedad.

Visto en retrospectiva, y con la ventaja de los hechos consumados, es fácil observar que el Partido Republicano podía haber evitado el surgimiento del “fenómeno Trump” estableciendo una plataforma con una naturaleza cuasi obligatoria para quien resultara el candidato a la presidencia en 2016, colocando desde un principio una “camisa de fuerza” como válvula de seguridad a un candidato incontrolable e hiperactivo en la formulación de declaraciones incendiarias.

Las anteriores afirmaciones parecen demostrar que en tiempos en que las agendas o las plataformas electorales son relevantes —como el caso de México en el año 2018, en vísperas del proceso electoral presidencial—, los partidos políticos que descuidan su función programática y que *no formulan plataformas de acuerdo con la cambiante opinión pública, lo hacen bajo su responsabilidad*, y, usualmente, contribuyen a su propia decadencia y derrota electorales. Lo anterior muy probablemente está a punto de sucederles al Partido Republicano y al Partido Demócrata; ambos con nomenclaturas rebasadas por la realidad de nuevas generaciones de electores y desarrollos tecnológicos y comunicacionales que ya los superaron.

Por otro lado, cuando los partidos políticos se encuentran *divididos por el disenso interno y el rechazo externo, una renovación de sus plataformas electorales, a pesar de las dificultades que ello implique, representa, quizá, su única oportunidad de supervivencia*. Tal podría ser el caso del PRI en México, en diversas instancias de su historia, donde, por ejemplo, ante el rechazo popular de la política financiera implementada desde 1995 y hasta el 2000 —en materia de préstamos hipotecarios, cartera vencida y tarjetas de crédito—, algunos de los diputados y senadores del PRI, otrora disciplinados respecto al *establishment* bancario mexicano, optaron, en 1995, por alinearse con los deudores, como fue el caso específico —en ese entonces— de Fernando Solana y de Trinidad Lanz Cárdenas.

Igualmente, en el 2001 las posiciones generales de la plataforma política tradicional del PRI se modificarían sustancialmente para acomodar el papel de dicho partido como primera oposición con mayoría simple en la Cámara de Diputados de la LVIII Legislatura. Asimismo, con anterioridad, también en 1995, dos representantes populares en aquel entonces, más jóvenes y menos conocidos —Alejandro Rojas Díaz Durán y Layda Sansores—, ya habían roto la disciplina partidaria al votar en contra del aumento del IVA, del 10% al 15%. Finalmente, y ya en 1998, la llamada “Ley Bartlett” (Ley del Federalismo Hacendario), en Puebla, que redistribuyó recursos federales a los municipios de una forma innovadora, representó un giro inesperado y brusco de línea política y de plataforma, que buscó no sólo funcionar como un indicador de fuerza e iniciativa política por parte de Manuel Bartlett Díaz y como fuente de recursos rumbo al 2000, sino como una eventual oferta de plataforma novedosa ante el electorado local y nacional, en el presente y a futuro.

Los anteriores ejemplos, rescatados del baúl de la historia de las múltiples transformaciones del PRI en los últimos treinta años para conservar el apoyo de los electores, demuestra la utilidad de la flexibilidad renovadora de las plataformas y propuestas partidistas y de los candidatos políticos. Aunque llegará un momento, también de agotamiento sistémico e institucional —como el que se está presenciando desde el año 2016 en los Estados Unidos de América—, en que en México el electorado alcance un punto de saturación y hartazgo de estratagemas de transformación y renovación, que lógicamente tienen un límite y fecha de caducidad, que podría deparar sorpresas en la elección del 2018 para varios partidos.

Por ello cabe preguntarnos si estuvimos acaso ante la última transformación de plataforma exitosa que logrará vender el PRI al electorado con el llamado Pacto por México, que en sus inicios fue extraordinariamente exitoso y consensualizador de todos los partidos y fuerzas políticas y sociales relevantes del país, pero que en última instancia fue tan extraordinariamente ambicioso en su

contenido multitemático e intento de reforma constitucional y legislativa de todos los rubros de la vida nacional que, eventualmente, se desinfló ante la mutación de circunstancias internacionales desfavorables y la imposibilidad de implementación en un corto plazo, como se intentó de 2012 a 2015, que fue el “momento dorado” del sexenio de Enrique Peña Nieto y de la restauración del poder del PRI, que también se frustró en la última etapa de un sexenio “herido de muerte” por el descubrimiento de una avalancha de actos y gestiones de corrupción por parte de varios gobernadores.

III. LA DIRECCIÓN O UBICACIÓN POLÍTICA DE LAS POSICIONES PARTIDARIAS SOBRE LOS TEMAS DE ACTUALIDAD EN UNA SOCIEDAD: EL ESPECTRO IDEOLÓGICO DE IZQUIERDA, DE CENTRO Y DE DERECHA

Una vez que se ha determinado qué tan comprometido con la formulación de plataformas está un determinado partido político, enfocaremos nuestra atención sobre otra temática distinta, que consiste en preguntarse cuál es la posición que adopta un partido político sobre los temas de actualidad en una sociedad. La práctica común más socorrida es identificar la política de los partidos políticos —en general— a lo largo de un espectro ideológico que abarca a la izquierda, al centro o a la derecha, a pesar de la dificultad conceptual —pocas veces reconocida— que existe para llegar a un acuerdo sobre el significado de términos tan amplios.

1. *Los partidos políticos de izquierda y de derecha*

Las ideas y los conceptos asociados con una posición de izquierda o liberal son: igualitarismo, secularismo, internacionalismo, pacifismo y progreso, por mencionar algunos. Por otro

lado, las plataformas o programas de derecha o conservadores pueden ser caracterizados como pro libertades individuales, pro clericalismo y pro nacionalismo y militarismo, favoreciéndose el *statu quo*.

Ahora bien, en la realidad política únicamente los partidos políticos más claramente ideológicos son susceptibles de encuadrar “limpiamente” en uno u otro de los dos grandes extremos del espectro ideológico arriba citado, y aun éstos, usualmente modifican sus posiciones cuando alcanzan el poder según “soplen” los vientos del momento.

2. *Los partidos políticos de centro*

Tampoco nos encontramos en “tierra firme” con el membrete de “centrista”, que se ha usado indiscriminadamente para identificar a aquellos partidos políticos cuyas posiciones sobre la mayor parte de las cuestiones son realmente de centro, *v. gr.*, el Movimiento Republicano Popular de la Cuarta República Francesa, partidos que intentan acomodar a miembros que sostienen orientaciones por completo conflictivas, el Partido de la Democracia Libre Alemán, y a partidos que no se ubican claramente en ninguna otra categoría, como aquellos orientados en lo fundamental hacia un solo tema, o monotemáticos, como han sido los de los campesinos en Finlandia, Islandia, Noruega y Suecia, y el PVEM en México.

A. *Sistemas bipartidistas*

Los partidos políticos que objetivamente son identificables como de “centro” pueden ser ubicados indistintamente a la izquierda o a la derecha en naciones bipartidistas, como los Estados Unidos de América y la Gran Bretaña, sólo porque uno de los dos partidos se encuentra levemente a la izquierda del otro.

B. *El espectro ideológico de los partidos políticos de Kenneth Janda*

En vista del anterior escenario, el reconocido politólogo Kenneth Janda, intentó imponer cierto orden en el caos terminológico del espectro ideológico partidario mediante la identificación de tres grandes variables respecto al compromiso partidario en la formulación de plataformas de los partidos políticos, ubicando —en un estudio seminal aún útil en ejercicios y estudios de corte comparativo— a 152 partidos en una muestra de izquierda o derecha en su posición sobre temas específicos.⁷⁰

Sin embargo, Janda reconoce que se enfrentó a algunas dificultades iniciales muy evidentes. Así, una posición de izquierda en una nación dada puede ser de derecha en otra, dependiendo de la religión, la economía y la idiosincrasia imperantes. No obstante, debe reconocerse que la esquematización de Janda constituyó un adelanto respecto a la característica de membretes netamente “impresionistas” —sin verificación— que caracterizan a otros estudios sobre la materia.

IV. LA UNIDAD INTERNA DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS RESPECTO A LAS PLATAFORMAS ELECTORALES

Íntimamente vinculado a la cuestión de la clasificación de los partidos políticos en un espectro de izquierda, de derecha, o bien, de centro, se encuentra el tema de la llamada unidad interna de los partidos políticos respecto a los programas y plataformas oficiales, tema que reviste gran actualidad en México, puesto que en los últimos veinte años ha sido normal que afloren las diferencias de opinión sobre el contenido de las plataformas de los diversos parti-

⁷⁰ Janda, Kenneth, “A Conceptual Framework for the Comparative Analysis of Political Parties”, *Sage Professional Papers in Comparative Politics*, California, Sage Publications, vol. 1, 1970.

dos políticos nacionales, fenómeno que en décadas pasadas no era perceptible y que reflejaba la existencia de:

1. Una férrea disciplina interna.
2. Un control vertical del poder político sin cuestionamiento.
3. Una sospechosa “homogeneidad” ideológica partidaria.

Un partido político puede tener un fuerte compromiso respecto a la elaboración de sus programas o plataformas, en el sentido de que sus líderes adoptan y toman posiciones definidas sobre las cuestiones fundamentales de actualidad —como fue, en 1995, el caso en México del PRD y de sus dirigentes de aquel entonces, Porfirio Muñoz Ledo y Cuauhtémoc Cárdenas, sobre el problema de la toma de pozos de Pemex en Tabasco— y, sin embargo, encontrarse tan divididos por faccionalismos o cismas que el resultado final es que dicho partido político, en tanto aparato electoral de convencimiento y obtención de votos, es, en efecto, ineficaz e inútil, como también le sucedió al propio PRD en las ya lejanas elecciones de 1995 para elegir gobernador en Michoacán. Salta a la vista, por otro lado, que el éxito electoral del PRD en el Distrito Federal —desde 1997 hasta 2015, cuando Morena ocasiona con su crecimiento el fin de su hegemonía— en parte obedeció a una rara unanimidad partidaria y social respecto a, primero, la figura de Cuauhtémoc Cárdenas, que prevaleció sobre los divisionismos ideológicos internos, fundamentalmente como resultado del “fenómeno Cárdenas” en el Distrito Federal, y posteriormente de Andrés Manuel López Obrador.

Por otra parte, el cálculo interno de los miembros de un partido inconformes o disidentes es que “ganan” más callando su inconformidad e integrándose a la “caballada ganadora”, impulsada por un candidato ya seguro vencedor, que aireando sus desacuerdos en plena fiesta y estropeando las cosas para todos —como sucedió con el disenso interno de Ivonne Ortega, quien renunció a la candidatura a la presidencia del PRI, que pretendía en un inicio de manera vehemente y habiendo conseguido casi millón y medio de firmas de militantes que la apoyaban para

que se inscribiera para participar en una contienda interna fuera del guion de las nomenclaturas, para finalmente declarar que por amor al PRI apoyaba a José Antonio Meade—. Un fenómeno similar se presentó en el caso histórico de la candidatura de Vicente Fox durante 1999 y 2000 al interior del PAN. Aunque claro está que la citada unanimidad requiere previamente de la existencia de un candidato con características poco usuales que además coincida con contextos —elección inédita en una demarcación como el Distrito Federal, o sentimiento creciente de que se está en el umbral de una transición política largamente anhelada— también inusuales.

Ahora bien, cabe apuntar que las llamadas facciones partidarias internas no siempre se sustentan en la ideología. Algunas son simplemente representativas de los seguidores leales de los distintos líderes; otras están estructuradas de acuerdo a generaciones, etnia, sexo o religión, o a veces una compleja combinación de los factores anteriores. Sin embargo, es innegable que en sistemas de partidos competitivos y maduros las diferencias doctrinarias son una de las causas más frecuentes del faccionalismo partidario.

En algunos casos, los desacuerdos han sido tan intensos que cada facción ha publicado su propio periódico, como fue el caso del Partido Socialista Francés antes de la Segunda Guerra Mundial. En otros casos, los propios partidos políticos han otorgado a sus respectivas facciones *una clara legitimidad institucional, distribuyendo posiciones partidarias y candidaturas a distintos subgrupos, en proporción a la fortaleza de cada uno de éstos*. Especulativamente —y subrayamos la palabra “especulativamente”—, se podría pensar que en el caso del PRI en México, por ejemplo, si éste hubiera adoptado una posición más flexible con respecto a los grupos que se separaron de él —la Corriente Democrática, inicialmente integrada de manera orgánica al PRI, comienza su separación formal a partir del 4 de marzo de 1987,⁷¹ cuando en la clausura de la XVIII Asamblea, Jorge de la Vega exhorta a

⁷¹ Laso de la Vega, Jorge, *La Corriente Democrática. Hablan los protagonistas*, México, Posada, 1987, p. 198.

sus miembros a abandonar el partido— y hubiera posibilitado el disenso ideológico, pero a la vez evitando la *ruptura*, el escenario electoral de varias elecciones posteriores muy probablemente hubiera sido distinto, porque los personajes políticos que se separaron del PRI se llevaron a otra entidad política distinta todo un bagaje de contactos, experiencia y conocimiento íntimo de las entrañas del poder político establecido en México, que hubieran sido muy difíciles de encontrar y de estructurar al exterior del propio PRI.

Por otro lado, acudiendo a algunos ejemplos del derecho electoral comparado, es dable destacar que la anterior estrategia preventiva de cismas fue de uso común en los primeros años de los sistemas de partido único en África, por ejemplo, cuando partidos políticos —anteriormente competitivos— fueron incorporados por completo a un movimiento dominante. Pero es posible encontrarla también entre los partidos políticos europeos contemporáneos. De esta forma, el Partido Demócrata Cristiano de Italia, habitualmente, ha concedido posiciones a los miembros de distintas facciones partidarias al formar las listas de dicho partido en las elecciones.

De todo lo anteriormente expresado se desprende que el faccionalismo —en sí mismo— no necesariamente evita la unificación de intereses y la formulación de políticas partidarias coherentes. Así, a menudo incluso puede argumentarse que el fenómeno del faccionalismo interno motiva a un partido político a formular sus posiciones sobre los temas de actualidad, buscando obtener una clientela electoral más amplia y diversa. Queda claro que un partido político que debe realizar un trabajo partidario mediante compromisos aceptables que responden a luchas internas con antelación a una campaña política está en posibilidad óptima de ofrecer un programa o plataforma electoral más realista y satisfactorio que un partido que sea filosóficamente más homogéneo. El debate y el acomodamiento “interno” en un partido político le sirven de preparación previa a la batalla electoral “exterior” con los otros partidos del sistema político, y le ayudan

a afinar —al “calor” de la lucha interna— sus plataformas, estrategias y mecanismos. De hecho, un partido político sin debate ni disenso internos propios está en gran desventaja ante los demás partidos políticos que sí los tienen, así como frente a la propia sociedad, pues se priva de la práctica, la experiencia y la afinación de estrategias que le serán indispensables en las campañas políticas, y lo que es más importante aún; corre el riesgo de que los cismas, deserciones y renuncias se den de manera escandalosa y de último momento, al no haberse ventilado los diferendos libremente dentro del partido con antelación.

El factor clave de la derrota de Hillary Clinton: la votación en Michigan, Pensilvania y Wisconsin y la variable de Bernie Sanders

Cabe resaltar que la frescura de la actitud y propuestas de Bernie Sanders en el último proceso electoral norteamericano vigorizaron el contenido de las plataformas y el interés del electorado, a grado tal, que la propia Hillary Clinton, eventualmente, adoptó algunas de sus posturas, y la fuerza inesperada e inusitada de Sanders perduró incluso hasta la propia elección del 8 de noviembre, en tanto que la diferencia por la cual Trump logró vencer a Hillary en tres estados clave, Michigan, Pensilvania y Wisconsin, cuyos 46 votos electorales⁷² habrían dado la presidencia a Hillary Clinton y que Trump ganó por márgenes ínfimos que en total no superan los 55,000 votos, podría no haberse dado sin la participación y desempeño de Sanders, que al quedar fuera de la contienda al interior del Partido Demócrata, polarizó a electores de dicho partido en contra de su propia candidata y trágicamente a favor del candidato republicano.

⁷² Meko, Tim *et al.*, “How Trump Won the Presidency with Razor-Thin Margins in Swing States”, *The Washington Post*, Washington D. C., noviembre de 2016, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/graphics/politics/2016-election/swing-state-margins/>.

V. LOS RECURSOS DISPONIBLES PARA LA COMUNICACIÓN Y LA DIVULGACIÓN DE LAS PLATAFORMAS ELECTORALES

Después de haber analizado el subtema del contenido de las políticas, programas o plataformas de un partido político —y de habernos preguntado qué tan comprometido está un partido político con la elaboración de plataformas electorales, qué tendencias políticas nos revela y con qué grado de unidad interna se apoyan plataformas, programas y políticas—, aún debemos determinar qué tan efectivo es un partido político en la comunicación de su perspectiva de los temas de actualidad. *Es claro que, en parte, la respuesta a dicha interrogante depende de qué tan esforzada e inteligentemente un partido político intenta comunicar sus mensajes al electorado y mediante qué medios y apoyos financieros lo hace. La efectividad, desafortunadamente, depende cada día más y más de los montos de financiamiento público y privado disponibles para un partido.* Ahora bien, es precisamente debido a esta dependencia que algunos políticos especialmente carismáticos recurren a modelos de comunicación *sui generis*, aprovechando la existencia y omnipresencia de las redes sociales y el ciberespacio para lograr evadir la carencia de recursos económicos generosos y algunas otras limitaciones del marco jurídico electoral. En este sentido, debemos destacar la práctica de comunicación con la ciudadanía de Andrés Manuel López Obrador desde la época en que fue jefe de gobierno del Distrito Federal —actualmente renombrada como Ciudad de México— de 2000 a 2005, conocida popularmente como *La Mañanera*, y sobre la cual a continuación haremos algunas consideraciones de relevancia para el tema de este libro.

Las conferencias de prensa llamadas “Mañaneras” son un ejercicio informativo-político *sui generis* practicadas por parte de AMLO. Si uno hace un análisis de los modelos de comunicación política personales de los líderes políticos de las principales democracias del mundo en la actualidad, no se encuentra otro caso vigente de una práctica con las características del referido ejercicio informativo matutino de AMLO.

Las instituciones, costumbres y tradiciones políticas de un país, cualquiera que éste sea, requieren acudir a su contexto histórico para explicar y entender satisfactoriamente la génesis de algunos fenómenos distintivos de su cultura política, en especial cuando se observan características atípicas.

La larga y azarosa experiencia política de López Obrador para llegar a la Presidencia de la República en México en un ambiente político que aún guarda muchas características de tradición política que provienen de la época hegemónica unipartidista y que no fueron desterradas por los dos sexenios continuos de alternancia panista, lo condujeron, por motivos de elemental pragmatismo político, a buscar alternativas de comunicación directas no censurables que fueran una opción viable ante el monopolio de los medios masivos de comunicación escritos y electrónicos que tenía el anterior andamiaje político-electoral mexicano.

En este sentido, puede incluso aventurarse la hipótesis de que el acceso al poder por la vía electoral de políticos exitosos, pero considerados *outsiders* o contrasistémicos, como Donald Trump y Andrés Manuel López Obrador, hubiera sido prácticamente imposible en una era sin redes sociales y vías de comunicación por Internet, que en la etapa inicial del ciberespacio carecían incluso de regulación e intervención o censura gubernamental.

En la actualidad, las redes sociales han permitido a López Obrador una comunicación diaria con la ciudadanía, puesto que las Mañaneras rara vez han sido transmitidas íntegras por las vías tradicionales de la televisión o radio que aún permanecen, en muchos casos, en manos de oligopolios o monopolios mediáticos.

Por otro lado, el caso mexicano de López Obrador se diferencia del norteamericano de Donald Trump en el tema mediático y de contacto con la población, en cuanto a que, incluso mucho antes de la irrupción del ciberespacio y las redes sociales en el ámbito político, López Obrador ya había visitado y recorrido personalmente todos los municipios del país y tenía un conocimiento sin igual de la geografía política y social mexicana que le

permitió un contacto íntimo con los electores, que es el segundo factor que explica su impacto electoral.

En este sentido, es evidente que López Obrador buscó continuar su contacto frecuente y directo con su base electoral no sólo personalmente, vía giras los fines de semana a todos los estados de la República, sino a través de sus redes sociales.

Como toda herramienta de comunicación política, las Mañaneras tienen tanto ventajas como desventajas que vale la pena enumerar de manera solamente enunciativa, puesto que si bien han constituido un factor clave en el éxito electoral y político de López Obrador, también constituyen, en especial en la actualidad, una herramienta de doble filo.

Ventajas:

1. En primer lugar, a través de las Mañaneras AMLO logra evitar los *filtros ideológicos* de los medios masivos de comunicación tradicionales, tanto escritos como electrónicos.
2. En segundo término, vía las Mañaneras, López Obrador logra evitar la *censura distorsionadora* de sus mensajes, así como la propia autocensura cuando se transmite información únicamente a través de los medios controlados por entes particulares.
3. La tercera ventaja es que la extensión y la modalidad libres del formato flexible de las Mañaneras le permiten al político tabasqueño una *mayor precisión* en el contenido detallado de sus mensajes, a diferencia de las restricciones tanto temporales como de formato a las que se ve limitado en los canales de expresión tradicionales fuera de las redes sociales e Internet.
4. En cuarto lugar, AMLO emplea las Mañaneras para presentar a la opinión pública, propuestas y temas “utilizando” tanto al grupo de periodistas físicamente presentes en los foros en donde se presenta como a la audiencia libre que lo sigue todos los días, como una especie de “grupo

focal” gigantesco y gratuito para experimentar y calibrar la recepción de ciertos temas políticos o iniciativas.

5. Las Mañaneras, en quinto término, le permiten una *espontaneidad* que si bien es un arma de doble filo, en el pasado le ha redituado buenas ganancias de popularidad.
6. En sexto y último lugar, las Mañaneras constituyen un canal de *respuesta muy ágil a crisis inesperadas* que se dan cada vez con mayor frecuencia en las sociedades contemporáneas, sin tener que esperar demasiado para una respuesta gubernamental oficial o una propuesta de resolución de problemas críticos que requieren una posición del gobierno.

Desventajas:

1. El ejercicio de comunicación de las llamadas “Mañaneras” implica, ciertamente, *riesgos de fricción*, en especial con órganos constitucionales autónomos y ciertos sectores de la sociedad mexicana, puesto que exponen la imagen y la figura de López Obrador a un roce mediático quizá excesivo.
2. En segundo lugar, las Mañaneras, eventualmente, repercuten en una afectación de algunas características esenciales del sistema político mexicano de la época clásica de la hegemonía política de etapas previas de la historia mexicana, que antaño se consideraba que no necesariamente eran “convenientes” —afirmación ciertamente muy polémica— para la sociedad, pero que abonaban a un cierto misterio del poder y rituales que rodeaban a la figura de un jefe de gobierno que era de muy difícil acceso y que permanecía en un ámbito separado y casi inaccesible para el común de los periodistas o medios, como en la actualidad sucede con la Mañanera y que eventualmente tiende a desgastar el *mito del poder político en México*, cuando a éste se le ve y analiza diariamente.
3. En tercer término, las mañaneras tienden a *magnificar* —en *tiempos de crisis o convulsión*— los *problemas*, volviéndolos a ve-

- ces más grandes de lo que en realidad son o incluso creando problemas, vía la exposición mediática diaria de un político, donde no los había.
4. En cuarto lugar, las Mañaneras implican serios riesgos de que AMLO involuntariamente *incurra en polémicas de naturaleza jurídico-constitucionales técnicas* debido a la espontaneidad del formato, en especial tratándose de casos complejos de naturaleza jurídica que requieren el uso de análisis técnicos complejos.
 5. En quinto lugar, y especialmente en tiempos de crisis y con un político poderoso, la omnipresencia mediática *le “roba” tiempo de calidad, de por sí escaso, para el análisis y la planeación* necesarios para AMLO, que quizá debería limitar la extensión diaria de las Mañaneras, e incluso el número de éstas bajo un formato que no sea diario, sino dos o tres veces a la semana, para poder optimizar el uso de su tiempo y experiencia.
 6. Finalmente, en sexto lugar, las Mañaneras *exponen excesivamente al presidente a la posibilidad constante de un potencial contagio durante una pandemia*, dado el número y cantidad de interacciones y el formato de las propias Mañaneras, que implican contactos sociales físicos constantes.

En conclusión, si bien las Mañaneras constituyen un ejercicio *sui generis* en el caso de AMLO, que le han rendido frutos y beneficios en términos de exposición mediática positiva, también es verdad que constituyen claramente un ejercicio con algunas desventajas que en tiempos de crisis pueden requerir de un ajuste para mantener los beneficios y el contacto mediático con la población y el electorado, pero sin erosionar demasiado su imagen al exponerse a diario —como no lo hace ningún otro líder político— a polémicas y debates cotidianos que implican muchos problemas potenciales que podrían evitarse sin una exposición excesiva, especialmente en dichos tiempos de crisis o convulsión social, económica y política.

VI. LAS CAMPAÑAS ELECTORALES TEMPORALES Y LA EDUCACIÓN POLÍTICA PERMANENTE

Fundamentalmente, existen dos fuentes de recursos —financieros, o bien, no financieros— que un partido político debe tener; los requeridos para la realización de campañas políticas intermitentes y los necesarios para llevar a cabo una educación política permanente —incluso en periodos interelectorales— del electorado y de sus representantes políticos. Tratándose de la realización de las campañas políticas, el acceso a los medios masivos de comunicación y a materiales impresos (como carteles, folletos y documentos varios), candidatos dinámicos y atractivos, voluntarios comprometidos y una administración de campaña leal e inteligente —incluyendo un comité de finanzas competente y fuerte—, son recursos indispensables para el éxito electoral inicial y para *evitar sorpresas posteriores, desagradables y difamatorias*, como fue el caso, por ejemplo, con Fernando Botero Zea, coordinador, en 1994, de la campaña presidencial de Ernesto Samper Pizano en Colombia, y que debido al escándalo del financiamiento del narcotráfico a la citada campaña, vio derrumbarse su carrera política, la de Samper, y se dio el surgimiento de una crisis política y constitucional intermitente gravísima en Colombia, todo por no haber sido lo suficientemente escrupulosos y cautos en la gestión, obtención, aplicación y supervisión de las fuentes de financiamiento de la campaña.

Por otro lado, incluso en los sistemas políticos de partido hegemónico los partidos políticos requieren de los arriba citados recursos para motivar a un amplio número de ciudadanos y que éstos, a su vez, acudan a votar, “legitimando e integrando” de esta manera al propio sistema político. En este sentido, resultan de gran interés aquellos sistemas políticos en los que los partidos únicos permiten, o incluso requieren, las candidaturas dobles o “paralelas” por parte de miembros del mismo partido político dentro de cada distrito o circunscripción electoral —como ha sucedido con el partido Tanu de Tanzania y el Rastakhiz de Irán— y en los

que la lucha por los recursos puede llegar a ser tan feroz y competitiva como en un sistema político pluripartidista, especialmente dada la escasez de medios y de cuadros entrenados.

Respecto al anterior tema, y con referencia específica al caso de México, cabe mencionar el ejemplo histórico por antonomasia de una supuesta “candidatura” paralela o doble —*de facto*— del PRI, cuando habiendo sido nombrado Luis Donald Colosio como candidato del PRI a la Presidencia de la República, y ya en marcha su campaña oficial, quien fue su rival más fuerte en la etapa previa a su selección, Manuel Camacho Solís, recibió un fuerte “apoyo” presidencial, al ser designado comisionado del gobierno para mediar en el conflicto de Chiapas poco después de haber estallado el movimiento. El alto perfil público, la fortaleza política específica de Camacho, sus declaraciones públicas sobre la temática político-electoral, sus variadas y amplias fuentes de financiamiento y el silencio inicial del presidente Carlos Salinas respecto a los rumores de un cambio de candidato del PRI, acrecentaron la certidumbre pública de que las tradicionales reglas no escritas del sistema político mexicano —tratándose del periodo “posdestape”— y de las actividades de los excandidatos, del destapado y del presidente en funciones, “calentaron” de tal manera el ambiente político nacional que, de hecho, ello contribuyó de suyo a desestabilizar peligrosamente —en el ámbito político y financiero— al país durante varios meses. Algo similar sucedió bajo otro contexto en el año 2017, cuando el último tramo del destape de José Antonio Meade por parte de Enrique Peña Nieto vivió momentos de turbulencia con varios predestapes⁷³ a cargo de Luis Videgaray, entre otros.

Lo criticable del anterior rompimiento de las reglas tradicionales no escritas del sistema político mexicano no fue el cambio de sistema, sino la premura y lo accidentado de las formas con

⁷³ Ajenjo, Manuel, “A propósito de destapes”, *El Economista*, México, noviembre de 2017, disponible en: <https://www.economista.com.mx/opinion/A-proposito-de-destapes-20171128-0023.html>.

las que se llevó a cabo el citado cambio *de facto*; sin avisos, señales o negociaciones con los protagonistas del proceso de selección de candidato, lo cual violentó el *statu quo* usual en dicha fase informal del sistema político mexicano. Ahora bien, las candidaturas “dobles” o “paralelas” dentro de un mismo partido político, cuando no están adecuadamente apoyadas con un marco jurídico, no son *per se* intrínsecamente nocivas cuando el sistema político donde se usa lo ha validado informal o formalmente; lo nocivo es su uso sorpresivo y disruptivo. Así, cuando las candidaturas paralelas intrapartidarias han sido validadas social, jurídica y políticamente, es factible pensar que su uso incluso tiene ventajas políticas, dependiendo del contexto en el que se aplique. En este sentido, en sistemas políticos de partido único o hegemónico, las candidaturas dobles o paralelas referidas sirven como una válvula de escape institucional cuando ante la *falta de una competencia interpartidaria* se da, al menos, una *competencia intrapartidaria* que, cuando es genuina, constituye un método democrático válido y casi tan auténtico como la democracia interpartidaria, siendo la siguiente mejor opción ante la inexistencia de un pluripartidismo fuerte y maduro.

Por otro lado, en la época actual tanto los servicios de despachos y de bufetes de relaciones públicas como las organizaciones para la realización de encuestas, se han vuelto indispensables para el éxito electoral de los partidos y candidatos políticos, llevando la presentación de plataformas y programas electorales al nivel de una verdadera ciencia que incorpora conocimientos y equipos profesionales muy especializados. Igualmente, los propios candidatos pueden requerir de medios de transportación sofisticados, como cuando se realizan actos políticos de proselitismo mediante helicópteros y aviones, en especial en las campañas presidenciales. A mayor abundamiento, incluso se presentan casos de candidatos políticos que contratan una amplia gama de talentos, que van desde los “golpeadores profesionales” que agreden físicamente al candidato rival o a sus simpatizantes, has-

ta técnicas sofisticadas de maquillaje para lograr presentaciones con mejor imagen televisiva; *todo lo cual requiere, evidentemente, de fuertes sumas de dinero.*

No obstante, cabe resaltar que actualmente los partidos políticos no formulan sus plataformas electorales únicamente con propósitos electorales.

De esta manera, incluso en periodos interelectorales se llevan a cabo esfuerzos por comunicar el contenido de las posiciones partidarias sobre los grandes temas de actualidad. Así, se distribuyen a la prensa y a los medios electrónicos documentos sobre las posiciones partidarias que son redactados y emitidos como resultado de reuniones, conferencias y cónclaves de partido. De igual manera, los líderes de los partidos escriben libros y ofrecen sus puntos de vista en reuniones públicas que son profusamente difundidas por la prensa y por la televisión.

Asimismo, es común la práctica de publicar una revista o un *newsletter* periódicamente para los miembros de un partido o de editar un periódico para su venta en las vías públicas. Un caso paradigmático de lo anterior fue el libro de Ross Perot, *United We Stand*,⁷⁴ en el que defendió su ideario político como un exitoso candidato independiente a la Presidencia de los Estados Unidos de América en 1992, así como sus conocidos “infocomerciales” de treinta minutos difundidos por televisión a nivel nacional. De hecho, el caso de Perot tiene un interés más que anecdótico para el proceso electoral presidencial del 2016, puesto que aunque Perot “tiró la toalla” prematuramente en cuanto detectó dificultades y amenazas a su estilo de vida de billonario, el caso, desde nuestro punto de vista, dejaba avizorar ya desde 1992, el potencial éxito de otro candidato “no político” y *antiestablishment*, también billonario pero mucho más audaz e intrépido que, finalmente, demostró los defectos inherentes tanto del sistema electoral norteamericano como el prevaleciente hartazgo del electorado norteamericano con los políticos tradicionales.

⁷⁴ Perot, Ross, *United We Stand. How We Can Take Back Our Country*; Nueva York, Hyperion, 1992.

Por otro lado, en los países de partido único o hegemónico, a menudo el principal periódico del país es, en realidad, el vocero u órgano no oficial de dicho partido político. Además, los partidos políticos —de oposición o gobernantes— usualmente crean escuelas de educación política o de cuadros no sólo para sus activistas y candidatos, sino también para la población en general, como lo fue la Fundación Cambio XXI, A. C., del PRI, en especial en su primera época (de 1991 a 1993), y posteriormente transformada en la Fundación Colosio. En dichas instituciones una parte fundamental de las actividades es precisamente ventilar la posición partidaria sobre los grandes temas del día.

VII. LA EFECTIVIDAD DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN LA COMUNICACIÓN DE SUS PLATAFORMAS ELECTORALES

Queda claro que no existen límites en cuanto a las formas mediante las cuales los partidos políticos buscarán comunicar sus posiciones sobre los temas de actualidad, pero sí existe un límite respecto a la *efectividad* real de dichos esfuerzos, límite ineludiblemente marcado, entre otros factores, por el *financiamiento* del que dispone un partido político. Ahora bien, ¿cómo es medida dicha efectividad? Una forma es investigar y descubrir si un partido político es apoyado por los electores a quienes se está dirigiendo. Esto puede llevarse a cabo preguntándose, por ejemplo, qué porcentaje de la membresía oficial vota por el partido y qué porcentaje del apoyo del partido proviene de los grupos-objetivo.

Por otra parte, debe destacarse que los electores “correctos” pueden apoyar a un partido político por las razones “equivocadas”, como sucede con el llamado “voto de castigo”, o por temor o inmadurez política en una segunda vuelta electoral, entre otras razones. En este sentido, las segundas vueltas electorales pueden agudizar peligrosamente diferencias partidarias, como fue el caso de Perú, cuando, en 1990, de una posición inicial de anonimato y fragilidad casi risibles, surge el “caballo

negro”, Alberto Fujimori, para sorprender a un Mario Vargas Llosa que en la segunda vuelta —debido a variables ideológicas, de alianzas factibles y de inercia emotiva— se vio finalmente desplazado junto con su caudal de simpatizantes que, incrédulos, primero rechazaron, luego intentaron sabotear y finalmente buscaron pactar la entrega de la presidencia a cambio de concesiones pactadas (“concertaciones” a la peruana) en materia de programas económicos ante la certidumbre e inevitabilidad de un resultado final favorable a Fujimori. *Lección para los promotores de una futura segunda vuelta en México en las elecciones presidenciales del año 2024*: las segundas vueltas a veces pueden encerrar sorpresas hasta para las principales fuerzas políticas opositoras tradicionales, a quienes les puede “madrugar” un candidato inesperado y previamente desconocido, cuando lo que se planeaba era desplazar a un candidato de factible mayoría relativa. Así, en Perú —con Fujimori— la segunda vuelta fue la herramienta responsable de la asunción al poder de un líder sin oficio inicial, con tendencias antiparlamentarias y autoritarias que, después de diez años de ejercer el poder, acabó por derrumbarse estrepitosamente en la búsqueda de continuar indefinida y antidemocráticamente en el poder.

Por ser de relevancia —pues Perú es un país como México: primordialmente mestizo y con niveles semejantes de cultura política de las masas urbanas y rurales— citaremos literalmente algunos pasajes claves de la novela política de Mario Vargas Llosa, *El pez en el agua*, en que relata elocuentemente su fiasco electoral de 1990 ante Fujimori, bajo una segunda vuelta electoral contemplada en el derecho constitucional peruano:

De inmediato, advertí la catástrofe: había perdido tres puntos —estaba en 36%—, Fujimori mantenía su 25%, el APRA bordeaba el 20% y las dos izquierdas, juntas, el 10%. No se necesitaban dotes de adivino para leer el porvenir: habría una segunda vuelta en la que apristas, socialistas y comunistas volcarían en bloque sus votos a favor de Fujimori, dándole una victoria cómoda... (pp. 449 y 450).

Le pedí que localizara a nuestro personero ante el Jurado Nacional de Elecciones, y cuando Enrique Elías Laroza vino al piso 19, le pregunté si era legalmente posible que uno de los dos candidatos finalistas renunciara a la segunda vuelta, cediendo al otro la presidencia de una vez. De manera enfática me aseguró que sí. Y todavía me animó: “Claro, ofrécele a Fujimori uno o dos ministerios y que renuncie a la segunda vuelta”. Pero lo que yo estaba pensando ofrecerle a mi rival era algo más apetitoso que unas carteras ministeriales: la banda presidencial. A cambio de algunos puntos claves de nuestro programa económico y de unos equipos capaces de llevarlo a la práctica... (pp. 450 y 451).

Los estudios que vinculan la actividad partidaria y la inclinación hacia la formulación de plataformas por parte de los electores son aún relativamente escasos. Sin embargo, se han hecho numerosos esfuerzos académicos para determinar si los electores en general pueden distinguir inteligentemente entre los principales partidos en su sistema político y, de ser así, si esta distinción se hace con base en diferencias de plataforma percibidas entre los partidos políticos. En este sentido, cabe citar un estudio de opinión realizado en trece naciones,⁷⁵ que sugiere que aunque en general existe una fuerte correlación entre el posicionamiento izquierda-derecha y la preferencia partidaria, la fortaleza de dicha relación comienza a disminuir cuando uno empieza a considerar países subdesarrollados o en vías de desarrollo —y, de hecho, ha llegado a ser insignificante en casos como el de Corea del Sur y la India—.

De esa forma, votar por la extrema izquierda o derecha frecuentemente es indicativo de un voto de protesta o de castigo, para lo cual cualquier movimiento extremista de izquierda o derecha será suficiente. Así, por ejemplo, los votantes filipinos aparentemente no encuentran diferencia entre sus dos organizaciones partidarias fundamentales, el Partido Nacionalista y el Partido Liberal.

⁷⁵ Finlay, David *et al.*, “The Concept of Left and Right in Cross-National Research”, *Comparative Political Studies*, California, vol. 7, núm. 2, julio de 1974, p. 215.

VIII. LA APLICACIÓN O EJECUCIÓN REAL DE LAS POLÍTICAS, COMPROMISOS Y PROMESAS CONTENIDAS EN LAS PLATAFORMAS ELECTORALES

Tal como resulta ser cierto a nivel publicitario en el ámbito comercial, en el terreno político electoral es poco frecuente que un candidato o un partido político cumpla de manera perfecta con la realización y aplicación de sus promesas de campaña o de las líneas políticas fundamentales de su plataforma electoral, y no sólo debido a la falta —real o ficticia— de capacidad, preparación o cuadros adecuados en los equipos de trabajo de los políticos que acceden a la administración pública o a cargos de representación política, sino por una multitud de circunstancias y condiciones permanentemente cambiantes del entorno nacional e internacional que inciden de manera incontrolable en la factibilidad y aplicabilidad de las citadas promesas de campaña.

En el anterior sentido, dependiendo de la madurez política y cívica de un determinado electorado, éste captará y podrá digerir racionalmente qué grado de cumplimiento de las promesas de campaña, en la realidad cotidiana social, constituye un desempeño aceptable que justifique una percepción positiva del propio electorado, que se vea reflejada ya sea en una reelección —cuando dicho mecanismo está contemplado a nivel constitucional o secundario en un determinado país— o en un apoyo continuado al partido o clase política que respalda a un presidente, diputado, senador o cualquier otra figura política de relieve que para obtener el apoyo del electorado haya presentado, bajo el formato de una plataforma o programa político, un listado de promesas y líneas políticas a ser aplicadas en una determinada sociedad.

Por otro lado, lo que sí resulta ser totalmente cierto, es que —aunque con variaciones de paciencia y tolerancia electoral y política— *ningún electorado en ningún país del mundo sostiene en forma indefinida* a un político o partido que, excediéndose retóricamente en la grandilocuencia de sus promesas y plataformas electo-

rales en época de campaña, fracase de manera rotunda en su posterior realización.

La anterior es una de las pocas esperanzas que tienen segmentos importantes de la población norteamericana en 2016, e incluso en el mundo, para forzar una salida prematura de la presidencia de Donald Trump o, en el último de los casos, evitar su reelección en 2020, pues el catálogo de propuestas contenidas en la plataforma núcleo de Trump es —como ya hemos afirmado anteriormente— mayoritariamente imposible de implementar debido a factores logísticos, económicos y hasta de lógica en la integración, por ejemplo, de las economías y las cadenas de producción, transportación y comercialización de bienes y servicios existentes entre Canadá, Estados Unidos y México.

Entonces, es de elemental sabiduría y prudencia política diseñar una estrategia de elaboración y presentación de plataformas, programas y líneas políticas generales que capte la atención —y el respaldo mediante votos— de la ciudadanía; pero que no sea tan utópicamente irrealizable que el propio político o partido terminen ante un “callejón sin salida”, que es lo que en realidad implica, a final de cuentas, la falta de cumplimiento de las promesas contenidas en las plataformas y programas de campaña.

Ahora bien, cuando un país se encuentra en una fase de cambio político en que, literalmente, el último “empujón” necesario para lograr la ansiada transición consiste justo en prometer grandilocuentemente más de lo que en la realidad se puede cumplir, se está utilizando un arma de dos filos que, dependiendo del grado de madurez política y de la existencia de una tradición democrática en un determinado país, puede volverse contra el propio político o partido que queda a cargo de la conducción del gobierno en una fase de transición, lo que en sí mismo constituye una responsabilidad gravísima y de alto riesgo en tanto que el electorado —con poca paciencia o que fácilmente se decepciona— puede democráticamente optar por una “regresión” a estadios previos a la transición ante un incumplimiento notorio de las

promesas contenidas en los programas y plataformas electorales, todo lo cual incrementa y magnifica el riesgo inherente en la presentación de programas, plataformas y políticas utópicas, en especial bajo un entorno nacional, e internacional, crecientemente complicado e imprevisible.

IX. LA CONSIDERACIÓN DE LAS PLATAFORMAS ELECTORALES COMO UN PROYECTO DE SOCIEDAD O COMO UN ESPEJO DE LA PROPIA SOCIEDAD

Por último, cabe referir que una estrategia hábil para evitar ser llamado a cuentas prematuramente, con respecto al incumplimiento de promesas contenidas en los programas o plataformas de campaña de un candidato o partido político, es recurrir al expediente de presentar dichos programas o plataformas *como un verdadero proyecto de nación a cumplirse a mediano y largo plazo debido a la complejidad estructural de las propias propuestas, o la necesidad de rediseñar el andamiaje legislativo político y económico de un determinado país* con antelación a la implementación de las promesas contenidas en dichos programas o plataformas de campaña.

En el anterior sentido, las garantías propiamente sociales contenidas en el texto de la carta magna de 1917 constituyeron, durante largas décadas, una aspiración positiva del Estado mexicano, y no un listado de condiciones a cumplirse de modo inmediato por los gobiernos en el poder en la etapa posrevolucionaria. Así, la plataforma electoral del primer antecedente del PRI, el Partido Nacional Revolucionario (PNR), fue una plataforma electoral siempre en “proceso de realización” y nunca un paquete de “cumplimiento inmediato” o instantáneo. Aunque claro está que incluso la anterior estrategia de diseño de presentación de programas y plataformas de largo alcance tiene un límite: el umbral de la exasperación social ante el incumplimiento histórico de las líneas fundamentales del ideario revolucionario, que parecieron alejarse en lugar de acercarse bajo algunos de los planes nacionales de con-

tención de las crisis económicas y financieras de las décadas de los ochenta y noventa en México.

En contraste, en el caso de la plataforma electoral atípica de Donald Trump, las condiciones y la situación son enteramente distintas. De hecho, se arrinconó a sí mismo en un albur necesario para ganar su apuesta electoral al prometer una inmediatez y urgencia en la aplicación de sus propuestas más radicales, que contribuyeron a que obtuviera un respaldo inesperado de último momento, pero que también lo colocan ante la tarea imposible de demostrar resultados inmediatos que transformen el *statu quo* que tanto atacó.